

Gaceta Médica de México

PERIODICO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Tomo LVIII

MEXICO, ABRIL DE 1927

Núm. 4.

TRABAJOS REGLAMENTARIOS

A Propósito de los Ciegos de Tiltepec

POR EL DR. RAMON PARDO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Hace dos años, aproximadamente, «El Universal» publicó la interesante noticia de que el pueblo de Tiltepec, perteneciente al Distrito de Ixtlán de Juárez del Estado de Oaxaca, se componía, en su totalidad de ciegos; desde entonces algunos hombres de ciencia y, en diversas ocasiones, la prensa de la Capital, se han ocupado del asunto. El Sr. Dr. Larumbe primero y el Dr. Max Weihman después, visitaron el pueblo de Tiltepec dando a conocer, cada quien, sus opiniones.

Por mi parte, juzgando el asunto de interés y deseando iniciar a mis alumnos en la práctica de la investigación, formé con un grupo de ellos una comisión científica para visitar el pueblo de referencia. Deseaba alcanzar con esto, dos objetos: primero, desarraigar de la inteligencia de los jóvenes la preponderancia exagerada que toma en ella, todo lo extranjero y que sostiene tan firmemente el libro extranjero de las aulas; poniéndolos, personalmente, en contacto con uno de nuestros problemas y venciendo con su ayuda las dificultades inherentes al asunto, esperaba despertar su iniciativa y fortalecer su personalidad, inclinándolos a la consideración de las deficiencias que afectan la salud de los individuos y de la raza.

En segundo lugar, y de acuerdo con el programa a que obedecen los estudios que he tenido el honor de presentar a esta docta corporación, po-

día, con los datos recogidos, traer a ustedes, respetables maestros, un nuevo caso de miseria colectiva susceptible, como los anteriores que os he presentado, de ser examinado por el médico y, como ellos, digno de ser denunciado a la conciencia pública.

Resuelta la expedición, la comisión quedó formada de la siguiente manera: el joven Antonio Carranza, ayudante de la clase de Botánica y Zoología, tomaría a su cargo, el estudio de la flora de la región; Daniel Rueda, encargado del Observatorio Metereológico de la Ciudad con su reconocida competencia, se encargaría de lo relativo a datos climatológicos; los jóvenes Manuel Ramírez y Rubén Pérez Guzmán anotarían los datos sobre la natalidad, mortalidad, folklore, costumbres, alimentación y métodos de vida de los habitantes de Tiltepec; el Dr. Luis Cabrera que, a las órdenes del Sr. D. Manuel Gamio, formó parte de la expedición científica del Valle de Teotihuacán y que se dedica a estudios fisiológicos en nuestros indígenas, me hizo la gracia de encargarse de este punto, anotando glóbulos rojos, glóbulos blancos, fuerza muscular, etc.; los jóvenes Carlos Cervantes y Manuel Canseco Landero, figurarían, el primero, como fotógrafo y el segundo, como secretario general de la comisión; por mi parte, tomaría a mi cargo el estudio patológico, aprovechando mis observaciones y las que mis jóvenes compañeros pudieran proporcionarme.

No disponiendo de los fondos necesarios para llenar los gastos que, naturalmente, requería la excursión, logré allegármelos de este modo: el Gobierno del Estado, a cargo del progresista Lic. Genaro V. Vázquez, ex-alumno del Colegio, me proporcionó trescientos pesos; cincuenta el Sr. D. Manuel Sáenz, súbdito español; el «Universal», galantemente, puso a mi disposición otros cincuenta; la Sra. Encarnación Goiri Vda. de Riaño, Presidenta del comité de damas de la Cruz Roja, facilitó los víveres que la comisión debía de consumir en el pueblo de Tiltepec; finalmente, es de justicia anotar a Tito Hernández, mozo del Observatorio Metereológico que cuidó de nuestros instrumentos y a los Sres. Manuel Torres, Presidente Municipal de Ixtlán, que nos acompañó a pie, a través de las montañas, ayudándonos con su autoridad y sirviéndonos de intérprete con los habitantes de Tiltepec y al Síndico Municipal Daniel Méndez que, espontáneamente, y con una oportunidad digna de todo encomio, envió un mozo con víveres, cuando, agotados los nuestros, regresábamos de Tiltepec, logrando encontrarnos en el pueblo de Yagila.

* * *

Quien quiera visitar el pueblo de Tiltepec, habrá de disponerse a cruzar a lomo de mula, una distancia que el telégrafo estima de Oaxaca a Ixtlán, en 74 kilómetros y que de existir entre Ixtlán y Tiltepec, señalaría,

probablemente, 80 o 90, pero que las desviaciones de la recta y lo accidentado del terreno alargan en demasía; una línea que partiera de la Ciudad de Oaxaca para terminar en Tiltepec se elevaría, en el primero de estos puntos, a 1564 y en el segundo a 1430 sobre el nivel del mar; esta línea quebrada en extremo, tendría su mayor descenso en el punto que acabo de señalar y sobre ella podrían grabarse alturas como la de los Pozuelos y la Cumbre de la Cuarentena a no menos de 3000 metros por encima del mismo nivel; lo sinuoso de esta línea hace suponer lo accidentado del terreno que, de Ixtlán a Tiltepec, atraviesa por espinazos cuyas vertientes se resuelven en profundos desfiladeros; en la Cuesta del Balcón la cordillera se abre repentinamente, en un ángulo por cuyo vértice cruza el camino en una extensión como de 7 mts. cortado a pico y desde el cual, los ojos del viajero se abren al infinito; una caída de este precipicio, equivaldría a la de un aeroplano que volara a 3000 mts. sobre el nivel del mar.

En el extremo de este camino se encuentra el pueblo de Tiltepec, formado de individuos sucios, andrajosos y, en su mayoría ciegos; colocados para la República, fuera de toda consideración geográfica y lejos de toda participación histórica. México tiene rincones así, de donde huye ya no digamos la civilización, sino la vida; nuestra Historia y nuestra Geografía tienen estos desconocidos dantescos.

* * *

Tiltèpec de Tiltic, Negro y Tepetl, Monte, Monte Negro, se encuentra al Noreste de Ixtlán, sobre una loma de tierra arcillosa que se desprende del Cerro del Machín y se pierde en los terrenos de Xagalaxi; está comprendido entre los 17°.48'.55". de latitud Norte y los 2°.43'.35" de long. Este del meridiano de México y a los 1430 mts. sobre el nivel del mar; está rodeado de un círculo de montañas, de bosques vírgenes, fracturado al Oriente, pero la entrada al pueblo queda defendida, en este rumbo, por el río de Xiolaana, palabra que traducida al español significa «Perro que muerde a traición»; sus límites son: al Norte las alturas de Xjaayelareni, al Sur el Cerro del Machín, al Oeste el Cerro de la Laguna y al Oriente el río de Xiolaana, continuación del de la Colmena que nace de la unión de los ríos de Yagabila y Cajonos y que, unido a otros afluentes, va a formar el río Usumacín.

Los elementos medios climatológicos de un día, según el Sr. Daniel Rueda; correspondientes al pueblo de Tiltepec son los siguientes:

Temperatura ambiente 25.0 == Tensión del vapor de agua atmosférico 14.2 == Máxima tensión . . . 15.6 == Mínima tensión . . . 12.4
 == Humedad relativa por ciento 60.0 == Máxima de humedad 65.0 == Mínima de humedad 52.0.

La limpidez del cielo y la transparencia del aire acortan para la vista, la distancia a las alturas circunvecinas; en ellas viven el puma, el tigre y el jabalí; crecen árboles de maderas preciosas, begonias y orquídeas de colores y formas admirables, helechos arborescentes que salen de las barrancas y alcanzan diez y doce metros de altura, como se han descrito en el corazón del Africa; el habitante de Tiltepec pasea su miseria sobre un campo de riqueza; la extensión superficial de sus terrenos está calculada en 96 kilómetros cuadrados, miden 12 kilómetros en su mayor longitud y 8 en su mayor anchura; la vegetación es magnífica, impresionante, desciende de las montañas, tiende a cubrir los senderos y llega hasta la puerta de las cañas, se siente que esa vegetación se ha impuesto al hombre y acabará por sepultarle al impulso de su pompa extraordinaria.

* * *

El pueblo de Tiltepec se compone de 44 casas y cada casa de un cuarto de paredes de adobe, en su mayor parte, y de techo ahucalado, cubierto de teja y zacate; a lo largo de uno de los muros y pegada a él, corre una construcción maciza y tosca: es el *temaxcal*; mide en altura un metro y algunos centímetros y en anchura la longitud de un hombre; su cara libre se divide, por dos grandes tabiques, en tres compartimentos: los de los extremos destinados uno, a guardar las gallinas, por la noche, el otro a guardar la leña que se enciende, por la noche también, en el compartimento de en medio y calienta el *temaxcal* sobre el que duermen el dueño de la casa y la familia; en uno de los rincones del lado opuesto, arde un brasero con una olla y cerca de él, una o dos indias muelen el maíz; platos viejos, jarros medio rotos, leña, completan aquel menaje; la atmósfera es pesada, humosa, después de unos minutos, se extiende un dolor alrededor de la cabeza, es un anillo que oprime y abrumba, se siente un malestar indefinible que humedece el cuerpo y que da náuseas; yo me salí con sed de aire, mis dos acompañantes más resistentes salieron bien.

Durante el día los habitantes de Tiltepec se ocupan en ligeras faenas del campo, se sientan al sol o van de un lado a otro; por la noche duermen sobre sus *temaxcales* calentados; aquellos cuerpos necesitan calor; se oyen los chillidos de los murciélagos que se cuelan por las hendiduras de los techos a chupar la sangre de los que duermen y el grito de uno que otro borracho que interrumpe la tranquilidad de la noche. Los pueblos, como los individuos, cuando llegan al ocaso de la vida, necesitan el excitante para avivar la energía nerviosa en decadencia, más que ebrios son agonizantes, mejor que vicio, el alcohol significa muerte y más que el desprecio y el reproche de las autoridades eclesiásticas y civiles, merecen la meditación de una piedad llena de misericordia.

* * *

Cuando el Dr. Miguel Bustamante, en un interesante estudio publicado en la Gaceta Médica de México y en la Revista de Ciencias Médicas, divulgaba los estudios de los Dres. Calderón y Robles, sobre todo de éste último, que fué quien, verdaderamente, caracterizó el mal, encontrando una filaria en los quistes de la cabeza de los ciegos y cuando el Dr. Villalobos y sus acompañantes, con estos antecedentes, encontraron la misma filaria en el Valle de Montecristo, muy acertadamente el Sr. Dr. Larumbe, pensó que existiría igual filaria en Tiltepec y, en un segundo viaje, marchó a este pueblo con el objeto de abrir los quistes, confirmando en ellos la existencia de la filaria.

Según estos hechos, la ceguera de Tiltepec debe figurar al lado de la que se observa en Guatemala y en el Valle de Montecristo, es decir, a la que se nos dice producida por la filaria identificada por el Sr. Dr. Robles, por primera vez, en la República hermana. Opina el Dr. Bustamante que nuestra nación no había conocido antes de 1905 este padecimiento, cuya aparición coincidió con la llegada a las fincas de la costa del Pacífico, de trabajadores negros, procedentes de Jamaica y otras islas de las Antillas; me permito rectificar esa opinión: en el año de 1900 ya existían ciegos en el pueblo de Tiltepec; la filaria existe, por más que no se haya señalado hasta esta fecha, en los pueblos de Camotlán y Yovego del Distrito de Villa Alta; existe, desde antes de 1885, en algunos pueblos del Distrito de Ocotlán, por más que tampoco se haya dicho; en estos últimos, produce seguramente una filaria la elefantiasis y en estos lugares no puede hablarse de desembarco de hombres de ninguna parte del mundo.

Respecto de esta ceguera, se han escrito cosas admirables, se dice que extirpando los quistes de la cabeza, los ciegos sanan en unas cuantas horas o en unos cuantos días; la verdad es que después de lo escrito por los Dres. Calderón y Robles, nuestros médicos, han copiado y se han copiado, en los rasgos esenciales, edificando sobre la base de la filaria una misma descripción; les bastan dos o tres días para señalar las distintas fases de una enfermedad que evolucionaría en años; el mismo principio, la misma evolución, el mismo fin milagroso y hasta los mismos tantos por cientos obtenidos, también, en dos o tres días, en poblaciones de densidad diferente y sin relación alguna con esa misma densidad.

El ojo que se observa, no solamente en Tiltepec, sino en toda la región, es seguramente un ojo anormal; con la salvedad que haré más adelante, aún los individuos que parecen libres de todo mal, poseen ojos de escleróticas manchadas, despulidas, de las que se desprender las córneas con un brillo particular; en el terreno patológico, unas veces se trata de una con-

juntivitis evidente, con sensación de picoteo, escozor, inyección conjuntival y lagrimeo; la secreción lacrimal transparente puede cambiarse en opaca y hacerse seropurulenta, no sé si por infección secundaria o por madurez del catarro conjuntival; fácilmente se observan sobre la conjuntiva de los párpados inferiores, pequeñas granulaciones que fueron quizá, las que hicieron pensar al Sr. Dr. Max Weihman, en un padecimiento semejante al tracoma, pero diferente de él; otras veces, además de las conjuntivas, son invadidas las córneas que, a alguna distancia, aparecen opacas como dos gotas de agua sucia; estos enfermos tienen fotofobia, pero no la que recluye al individuo en la oscuridad, sino una fotofobia que sin cerrar los ojos hace que se lleven a ellos las manos para hacer sombra; el fenómeno se marca sobre todo, en los enfermos de secreción transparente. En otros casos, aparte de las escleróticas manchadas, nada de esto existe, pero si nos acercamos al enfermo para examinar sus ojos, vemos un iris de radiaciones sinuosas, opacado de color y con una pupila estrecha, inmóvil, a veces irregular, a veces alargada en el sentido vertical y, en ocasiones, tan estrecha que llega a ser puntiforme; estas pupilas no se dilatan y revelan la formación de sinequias posteriores; las venas del ojo, alrededor de la córnea son manifiestas y existe alguna sensibilidad al oprimir el globo para buscar la tensión; estos enfermos sugieren la idea de que ven más o menos, según lo permite el diafragma iriano y son, seguramente, los que el Dr. Max Weihman calificó de atacados de una enfermedad semejante, pero algo distinta de la irido-coroiditis. Otros individuos de ojos mortecinos, nada revelan a la simple vista, no hay en ellos fotofobia, al contrario alzan la cara llevándola por momentos, ya de un lado ya de otro; pude observar uno, cuyas pupilas permitían con amplitud suficiente, el paso de los rayos luminosos: el fondo del ojo hacía ver una mancha arredondeada, sin un vaso, una verdadera luna blanca que hacía evidente la atrofia de los nervios ópticos.

No entiendo cómo estas conjuntivitis, estos estados de la córnea, ni menos cómo las lesiones crónicas que han producido en el iris semejantes deformaciones y tales trastornos en los nervios ópticos, puedan sanar en unas cuantas horas, ni siquiera en unos cuantos días, extirpando de la cabeza los quistes que se tocan a flor de piel, distribuidos al azar, que no producen señales de compresión cerebral, por lo menos en los casos en que me fué dado observar; es verdad que, en estos quistes hay filarias y que estas filarias pueden producir toxinas; de cualquier modo, mis dudas quedan en pie respecto a la curación; por otra parte, y colocado en el terreno de las toxinas, no entiendo por qué éstas, producen la ceguera, sólo cuando los quistes filáricos se encuentran en la cabeza y no cuando existen en otras partes del cuerpo, como lo afirman los médicos que se han ocupado del asunto.

Así pues, para afirmar una relación entre los quistes filáricos y la ceguera, nos encontramos en presencia de dos hechos: consiste el primero, en la presencia de los dos fenómenos en un mismo individuo y estriba el segundo, en la curación de la ceguera, en unas cuantas horas o en unos cuantos días, después de ser extirpados los quistes. Yo no he visto comprobado este hecho y he expuesto las razones que me hacen dudar de su veracidad; en cuanto al primero, es constante en los enfermos que observé; pero desde el punto de vista científico, no conozco ningún análisis que, lógicamente, pueda distinguir ante la presencia de estos dos fenómenos, una relación de coexistencia o una relación de causalidad. Quien quiera aclarar este punto esencial, en la cuestión, deberá aislarse de toda consideración personal y revestirse de la serenidad y el desinterés que reclama la investigación.

Por otra parte, esta ceguera no debe verse únicamente, en sus relaciones con la filaria; sino, también, en las que pueda tener con el terreno en que se observa, pues nunca el padecimiento de un órgano, puede independizarse del organismo a que pertenece. El habitante de Tiltepec tiene una talla que varía entre un metro cuarenta y cuatro y un metro cincuenta centímetros; una talla de 1.30 puede estimarse como una media aceptable; con el mismo carácter señalo 84 centímetros de circunferencia torácica, al nivel de la cuarta costilla y 83 al nivel del apéndice xifoide; estos tórax, en términos generales, se amplían hasta 88 centímetros, como máximo en la inspiración plena y se reducen hasta 82 en la expiración forzada, pero en cada individuo, la excursión torácica se mide bastante bien por dos centímetros y medio.

La fuerza muscular, por presión al dinamómetro, da para la mano derecha, en nuestros indios, una cifra bastante variable y que si baja hasta 10 se eleva en ocasiones a 38 y 39; en el habitante de Tiltepec no es raro observar presiones expresadas por los números 5 y 4 en la manos derecha e izquierda, respectivamente; pero reconozco que estos números, en casos excepcionales, pueden elevarse hasta 15 y 10; en cambio la fuerza de tracción, muy comunmente, puede representarse por cero.

Las observaciones del Sr. Dr. Cabrera, llevadas a cabo con la ayuda del joven Antonio Carranza, durante nuestra expedición, acusan en glóbulos rojos cifras que se elevan excepcionalmente a 4.000,000 y $100=200=$ y hasta 500,000 en un caso por milímetro cúbico; pero las cifras ordinarias oscilan entre 2.400,000 y 2.700,000 pudiendo abatirse hasta 2.000,000 y en un caso excepcional a 1.500,000 con presencia de glóbulos nucleados; en este caso la cifra de glóbulos blancos se elevaba a 20,000 pero, de un modo general, estos glóbulos alcanzan las cifras de 15 y 19,000, pudiendo abatirse hasta 10,000 en casos excepcionales: la riqueza en hemoglobina puede señalarse, de un modo general, por las cifras 45 o 47.

Estos números hacen recordar la presencia de las filarias como causando la anemia; pero debo manifestar a los señores Académicos que el alimento de un adulto en Tultepec se compone en general de seis tortillas y que los niños de 12 a 15 años se contentan con tres tortillas repartidas en el día y como ración diaria; no podría pues, ante estas sangres, hacer la diferenciación entre la causa filaria y el factor alimentación. Por otra parte, continuando en el examen, nos encontramos con individuos, en su totalidad pálidos, abatidos, con bocio los más, exoftálmicos, sufriendo algunos de epistaxis, con hipoalgesias en los miembros inferiores y en los lados radial o cubital de los miembros superiores, varios de ellos con soplos en el primer tiempo y en la punta, cráneos deprimidos, bóvedas palatinas ojivales y, lo que es más notable, pieles escamosas, músculos flácidos, uñas friables, atrofiadas; dolores en las rodillas y en los miembros inferiores, caras abotagadas, miembros inferiores hinchados y también varios con hinchamiento en las encías.

Se ve pues, por este conjunto que el problema se complica y que si las filarias pueden no considerarse extraños al fenómeno anemia, el factor carencia, recordando la alimentación, puede explicar muchos de los signos anotados. ¿Hasta qué punto ese factor carencia, puede influir en la aparición de los trastornos oculares? Dejo a los señores Académicos que se han especializado en este punto la meditación que este problema requiere y que yo, por mi parte, no soy capaz de resolver.

La verdad es que la ceguera aparece como un fenómeno en la decadencia general del organismo; estos individuos son apáticos, psicasténicos, no han podido detenerse en el plano de su descenso; la estrechez de su conciencia corresponde a su miseria física. Cada año el Sr. Cura de Ixtlán llega al templo medio destruido de este pueblo, a decir misa para conmemorar la aparición de San Miguel; pero los feligreses son incapaces de explicar lo que es aparición, ni de indicar el sitio en donde el santo se haya aparecido; no tienen ideas generales o las tienen rudimentarias; su sistema de numeración es, completamente, elemental; invitados dos de ellos a contar las casas de su pueblo, acompañados de uno de los miembros de la expedición que los observaba, echaron en un sombrero una piedrecita por cada casa y después, delante de mí, derramaron sobre el suelo 44 piedrecitas; no tienen idea del tiempo: uno de estos individuos solicitó del Sr. Cura de Ixtlán que le prestara cien pesos para comprar una yunta comprometiéndose, formalmente, a pagarle cincuenta centavos cada año.

La expresión elemental del regocijo en el hombre, es agitar los brazos y bosquejar dos o tres pasos de baile: en este pueblo el baile es desconocido; aquí las mujeres no cantan ni siquiera para llorar su tristeza y, sin embargo, en medio de esa fatalidad, las mujeres son la única esperanza, las hay

de ojos vivos, de cuerpo flexible y carnes duras y es que, en éste, como en las guerras, las miserias y en todos los desastres humanos, el poder creador economiza sus fuerzas, el hombre no es más que el grano sujeto a las viscosidades del medio, la mujer, es el elemento estable, la tierra apta para la fecundación y protegida por esa fuerza secreta que rige, en el arcano de la vida, las leyes soberanas por las que van los seres y las cosas hacia el campo insondable del destino.

* * *

Pero si los datos enumerados, formulan un problema patológico de positiva importancia, considerados como signos de una enfermedad colectiva, adquieren una significación espantosa. Entonces, esta pequeña agrupación de degenerados, se convierte en el exponente de una situación angustiosa, es uno de los pequeños signos reveladores de un acontecimiento formidable; oíd, os lo ruego la simple enumeración de estos hechos recogidos en mi expedición:

Hace 40 años, este pueblo contaba con 503 habitantes, hoy, difícilmente, llegan a 150; el pueblo de Joosá que contaba, 109, hoy sólo tiene 23 hombres, 12 mujeres, 3 niños y 5 niñas; el pueblo de Zoogochi, en el que no entra en cuenta la filaria, tuvo en el año de 1922, 17 defunciones por 8 nacimientos; en 1923, 16 defunciones por cuatro nacimientos y aunque su situación mejoró en 1924, volvió a empeorar en 1925, año en que contó 15 defunciones por 13 nacimientos y el fenómeno se repite en los pueblos de Tepanzacoalco, Yagabila, y aunque, en menor escala, en Yagila pueblo éste donde hay filarias, haciendooos gracia para no cansaros de la enumeración de cifras.

Todos esos pueblos como los de Teotlaxco y Yagout desaparecen; lo mismo pasa en el Distrito de Villa Alta con los pueblos de Yobego y Comatlán y, en la Chinantla, los pueblos de San Esteban y la Concepción han desaparecido ya; no es esto sólo, en las rancherías de Tarabundí y de la Trucha, en el Cerro Redondo de Ixtlán y en el Cerro de Montebello, se encuentran ruinas, relativamente, recientes de pueblos desaparecidos.

Como veis, el problema patológico se esfuma en la consideración demográfica, de interés indiscutible, pues no se entiende por qué la desaparición de los pueblos, sólo se ha de encontrar en el Estado de Oaxaca, siendo así que estos flecos de la raza indígena, se encuentran esparcidos en todo el territorio nacional y, tanto más cuanto que, esa raza, por su modo de vivir, por sus hábitos, por su alimentación, etc., se encuentra en estado de oportunidad morbosa.

La vida por sí sola es un esfuerzo, requiere un conjunto de estados

físicos y de condiciones psicológicas que se traducen por la energía, en el cuerpo del individuo y en el cuerpo de la sociedad y que desaparece fuera de esas condiciones y fuera de esos estados, porque no existen las causas que la motivan.

Estos pueblos se hunden en la sombra de una tristeza letal, buscan en el aguardiente, el tónico nervioso que despierte la energía; son indiferentes a sus flores, a sus cielos transparentes y al canto milagroso del clarín y el jilguero de sus selvas, llevan una vida rutinaria y mueren estoicamente, porque no pueden sentir la alegría de vivir.

La Secretaría de Educación Pública, por medio de sus maestros rurales y sus Institutos Sociales, llega a la capa superior, quizá, hasta la capa media de esa triste masa de hombres; pero no llega a la base carcomida de nuestra nacionalidad. Los poetas, los escritores hablan de la grandeza y los altos fines de nuestro destino histórico; ¡centinelas avanzados de una nueva civilización americana! no saben que, diariamente, una espantosa mortalidad infantil, trunca el vértice de este pueblo y que su base se deslíe, como en un lago de muerte.

Por otra parte, en virtud de su organización, nuestra sociedad es completamente, permeable y, de acuerdo con la concepción Dumont, análogo al fenómeno físico, se observa, en esta clase de sociedades, el fenómeno de la capilaridad social; la celdilla elemental, el individuo, tiende, naturalmente, a ascender, como el aceite en la mecha de una lámpara; el individuo se desarrolla, exageradamente, a expensas de la sociedad, se busca la mayor suma de placer individual y de ahí, el celibato, el relajamiento de las costumbres, la bancarrota de las creencias y, a lo lejos, el fantasma de la oligantropía amenazando el futuro.

De estas consideraciones, muy respetables maestros, se desprende para la Academia, una altísima misión que, como todo lo noble, llama a nuestra voluntad; lo que sabemos de los cielos, de la tierra y de nosotros, más que labor de talento, es obra de sacrificio, de valor y abnegación; la Patria es la obra del esfuerzo, en el pasado y en el presente, del esfuerzo de los hombres que triunfan en donde la Patria triunfa y fracasan cuando la Patria fracasa.

Que la Academia, en tres grandes capítulos de Higiene Nacional invite a sus socios correspondientes, en los Estados, a que desciendan a los bajos fondos de la raza e informen, por lo menos, como yo lo he hecho, en esta sesión, sobre su estado, desde los puntos de vista patológico y demográfico.

Que, por medio de sus especialistas y socios correspondientes, abra un proceso a nuestra mortalidad infantil y;

Que, por medio, también, de una de sus comisiones sabias se informe sobre los factores sociales que hacen preveer, entre nosotros, la aparición de la oligantropía y, en vista de todas estas informaciones, obre, como lo crea conveniente, esta respetable Corporación.

Quizá, como los médicos del siglo de Avicena y de Kalid, podais mirar la formación de un mundo; y, apoyada en el trabajo de sus sabios, firmé sobre su fé, nuestra adorada Patria, como el gran griego, podrá tener derecho a la esperanza.

Oaxaca, a 2 de marzo de 1927.

R. Guzmán
García